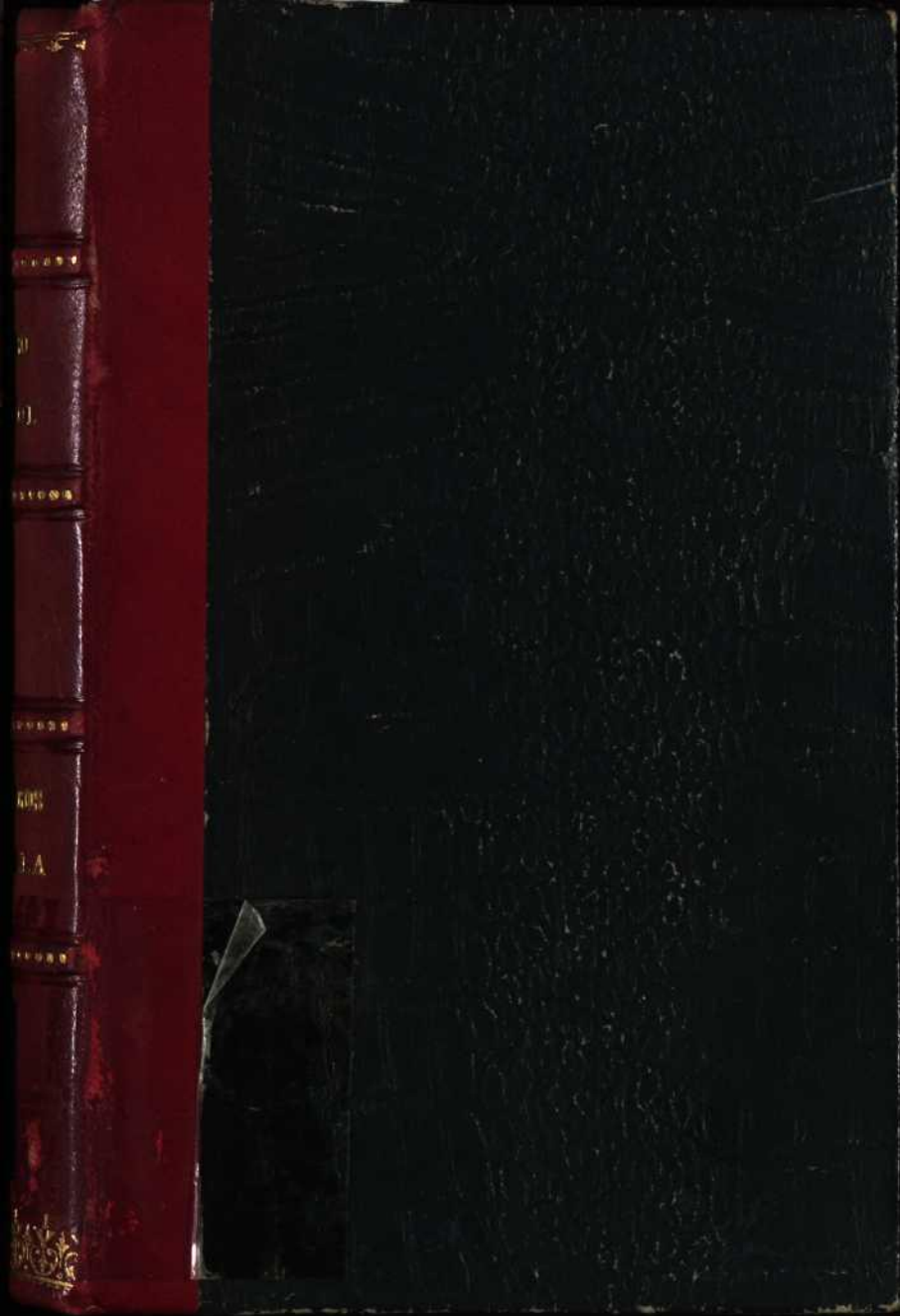
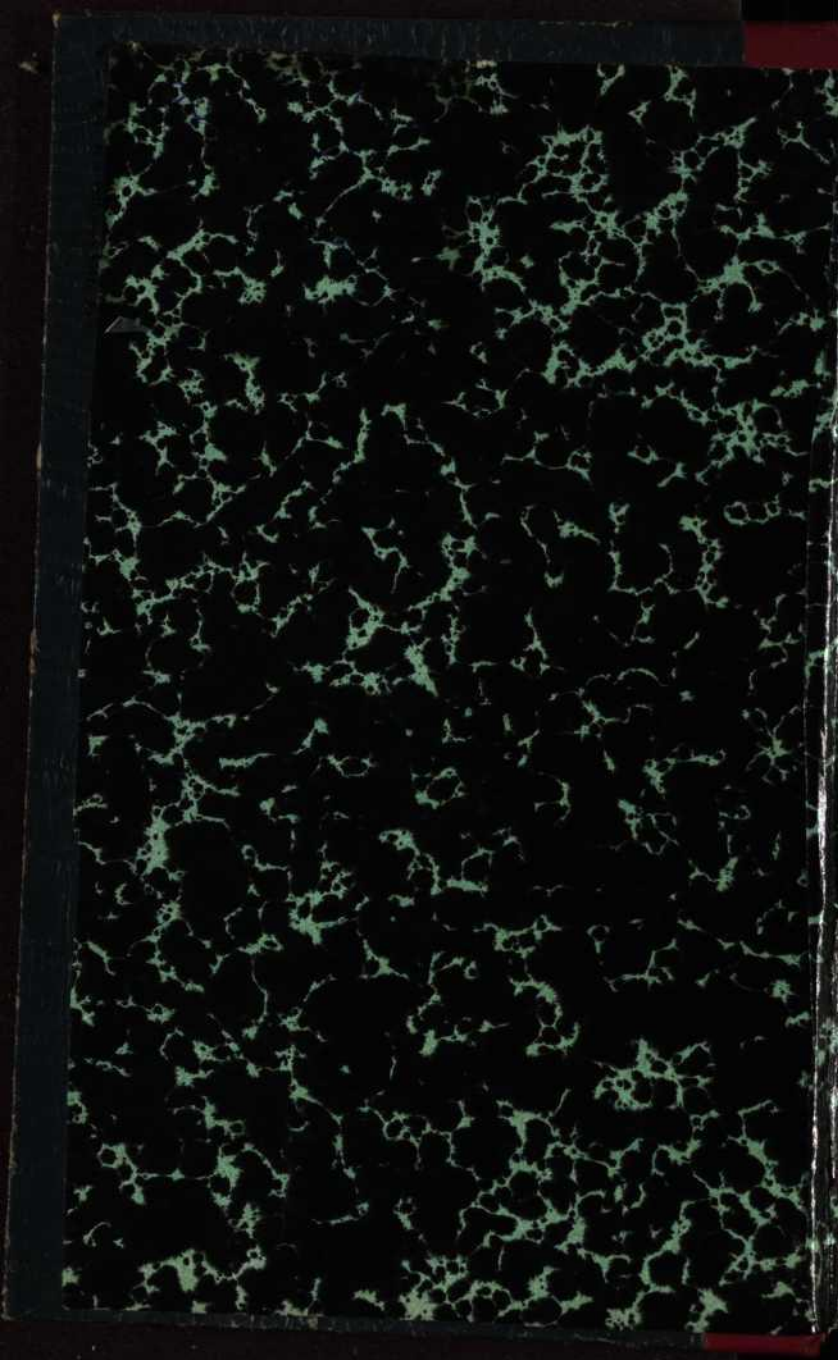






NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura**

A mi distinguido compo
el inspirado poeta y juris-
consulto distinguido
Sr. Dn. Narciso Diaz de Escovar
su affmo amigo.

El Autor



1-2-28

MARQUÉS DE PREMIO REAL

EL TEATRO ESPAÑOL

CONTEMPORÁNEO.

ESTADO GENERAL
DEL TEATRO ESPAÑOL EN EL SIGLO XIX.
LOS AUTORES.—LAS ACTRICES.—LOS ACTORES.
—LOS CRÍTICOS Y EL PÚBLICO.—
RESÚMEN ARTÍSTICO.

R. 17.055

MADRID,

LIBRERÍA DE FERNANDO FE,

Carrera de S. Jerónimo 2.

1886.



Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Málaga.—Tip. de Ramon Giral, Granados 3.

Á LOS EMINENTES PRIMEROS ACTORES

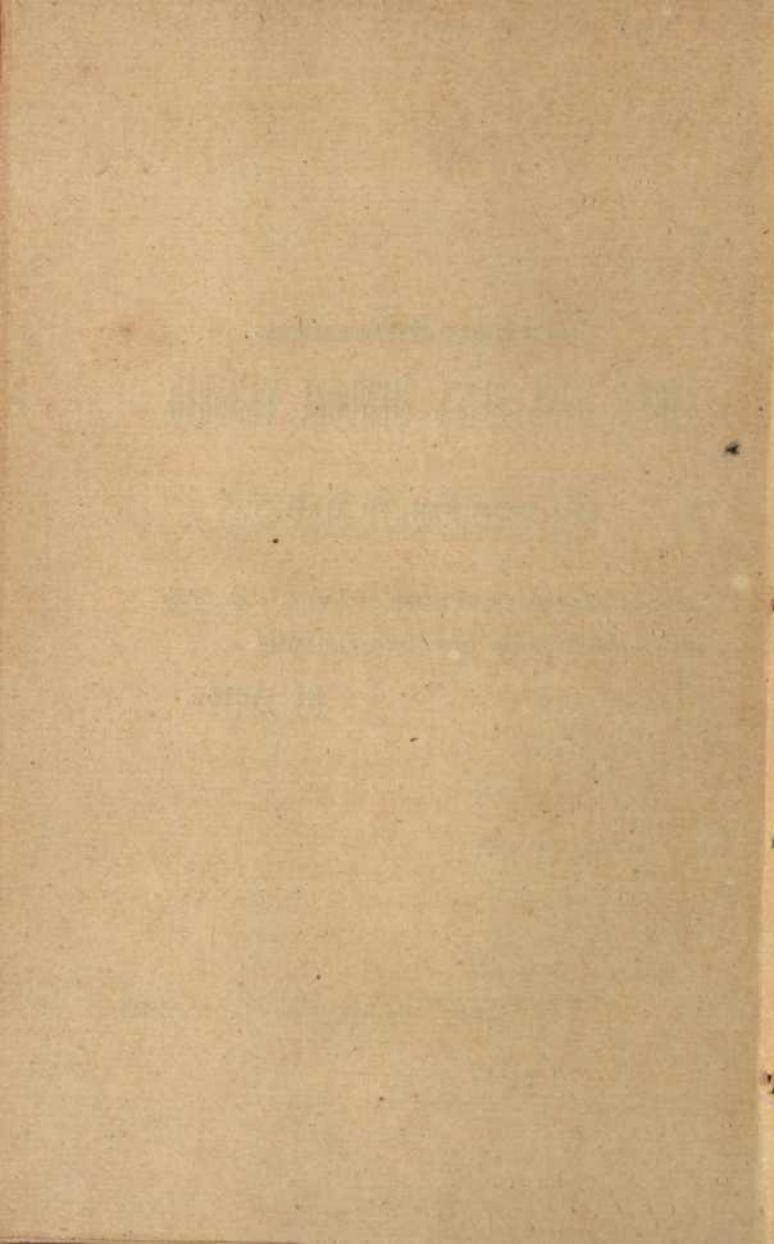
SRTA. DOÑA ELISA MENDOZA TENGRIO

Y

SR. DON EMILIO MARIO.

Dedica estas páginas como testimonio de artística admiración y afectuosa simpatía

EL AUTOR.





AL LEYENTE.

No tiene este estudio pretensiones de ningún género; escrito á vuela pluma, y publicado primero en un importante periódico, van sus capítulos desaliñados como brotaron de la mente, sin que el necesario pulimento los haya perfeccionado.

El éxito que obtuvieron al publicarse por vez primera, me decidió á coleccionarlos en este in-8.º aunque por demás comprendo, que el interés que despertaron, fué debido á la importancia del asunto, que no á mi acierto al tratarlo.

Es el fiel trasunto de las impresiones experimentadas durante los diez últimos años, por un espectador constante de las representaciones teatrales.

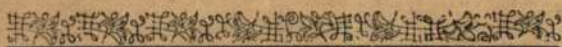
Falto de datos y libros (y á veces de tiempo para consultarlos, cuando esto escribía) no tuve otro recurso que la memoria. Sirva esto de excusa á sus errores y deficiencias.

Está muy lejos el libro éste, de corresponder á la importancia de la cuestion teatral hoy palpitante, y su único objeto es contribuir con un granode arcilla al monumento de la Talla Española.

Nombres ilustres de autores, actores y críticos, engalanan el texto: los nombres de los que más contribuyen con su inspiracion y talento al engrandecimiento del Teatro Nacional. Con ellos quise ser respetuoso; si alguna vez hube de criticar, hicelo sin crudeza; si elogiar, sin reservas.

Prestar un servicio al arte escénico español, es mi deseo; ver este deseo coronado por el éxito será mi mayor satisfaccion.

EL MARQUES DE PREMIO REAL



El Teatro Español Contemporáneo.

I.

ESTADO GENERAL DEL TEATRO ESPAÑOL EN EL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XIX.

Tema de continuas lamentaciones viene siendo tiempo ha, la tan decantada decadencia del *Teatro Nacional*. Si á las épocas de su mayor apogeo se compara, quizás exista esta decadencia, pero para afirmarla es preciso no parar mientes, en la notable diferencia que media entre aquellos tiempos y estos, diferencia que impele en su corriente al arte dramático, señalándole nuevos derroteros y más amplios horizontes.

Pueden clasificarse las producciones escénicas del antiguo Teatro Español, en tres

agrupaciones distintas, que denominaremos, siguiendo autorizadísimas opiniones, *drama religioso*, *drama popular* y *drama erudito*.

Entiéndese por el primero, toda concepcion dramática cuyo principio fundamental es la revelacion ó el milagro, por el segundo, el que se inspira en tradiciones ó sucesos populares, no dejando por esto de informarlo el espíritu religioso y por el último, aquel que proviene del antiguo clasicismo, siendo una especie de imitacion del teatro de Grecia y de Roma. Fácil será á poco de estudiar nuestro teatro antiguo, distinguir entre las obras de Lope de Rueda y Timoneda, de Lope de Vega, Mira de Amescua, Tirso, Calderon y Moreto, las que pertenecen á los distintos géneros ya clasificados. Y á estas mismas leyes de division hemos de atenernos al recorrer nuestro teatro, desde el siglo de oro hasta principios del XVIII, en que la decadencia iniciada en fines del XVII, consumóse con Zamora y Cañizares, últimos imitadores de los buenos tiempos, siguiendo la ruina total á que los dislates de poetastros como los Nifos, Moncines y Comellas trajeron á

la escena española. Moratin surge y al látigo de su crítica caen los ídolos de carton levantados en los altares de Talía.

El café ó La comedia nueva, El sí de las niñas, La escuela de los maridos y otras comedias no menos notables le conceden el cetro de la escena, y á él se debe el haber limpiado el templo de los viles insectos que en sus rincones anidaban.

Más tarde, Manuel Breton de los Herreros y Ventura de la Vega, siguiendo la obra empezada por Moratin. (cuyo gran desacierto literario, es la traduccion y anotacion del *Hamlet* del coloso inglés) logran llegar hasta la cúspide.

Con la bandera del romanticismo, plegada en sus manos, aparecen luego el Duque de Rivas, Antonio García Gutierrez y Juan Eugenio Hartzenbusch—un noble, un soldado y un artífice.—

El autor de *El moro expósito* obtuvo con su pluma más nobles tímbrs que los de su nobilísima cuna, y al tiempo mismo que marca luminosa estela en el teatro, la lírica le debe romances inimitables y poesías elegantes. García Gutierrez, al ver rotas las

tradiciones con su salida al proscenio entre María Rodríguez y Carlos Latorre, ostentaba á la vez que su uniforme de defensor de la patria la inmarcesible corona que le ceñía *El Trovador*. Laureles eran estos que nunca habian de marchitarse y que medio siglo más tarde reverdecerían al presentarse en escena análoga, entre Elisa Mendoza y Rafael Calvo, para presenciar en vida su propia apoteosis. Y Juan Eugenio Hartzenbusch con sus *Amantes de Teruel*, se coloca al nivel de los dos citados, formando con ellos un trío armónico, en el que no se distinguen categorías.

Más romántico todavía se presenta Zorrilla con *Don Juan Tenorio* y con *El Zapatero y el Rey*, y *Sancho García*, y *El Puñal del Godo*, y tantas otras joyas de nuestro teatro, y le siguen Gil y Zárate con su *Guzmán el Bueno*, Eulogio Florentino Sanz con *Don Francisco de Quevedo* y con *Doña Isabel la Católica*, Tomás Rodríguez Rubí.

Época gloriosa de nuestro renacimiento dramático es ésta, en que también florecen con tendencias diversas, el gran López de

Ayala, que se presenta con *El hombre de Estado* y da á la escena *El tejado de vidrio*, *El tanto por ciento*, y su obra maestra *Consuelo*, el malogrado Eguilaz, el desgraciado Hurtado y el insigne D. Manuel Tamayo y Baus (único que nos queda de los ya citados) y cuyo teatro, con el de Ayala, serán los mejores timbres de gloria de esta época literaria.

Márcos Zapata, verdadero tipo del poeta, con *La capilla de Lanuza*, promete dias de triunfo que luego malgasta estraviándose por los senderos de la zarzuela; el fecundo Larra, cuyas delicadas producciones, ricas en sentimiento y en bellezas literarias, ilustraron el nombre del autor de *La oracion de la tarde*, y el espiritual Narciso Serra, á cuya desgraciada vida, sigue muerte prematura, y que se llevó al sepulcro las enseñanzas del celebrado Breton.

Con la aparicion de D. José Echegaray empieza una nueva era para la escena pátria, y la obra del gran efectista, revolucionaria é innovadora, logra crear escuela y llevar tras sí ingenios como Sellés, Leopoldo Cano, Pleguezuelo, Valentin Gomez, Novo y Colsón y otros; siguiendo la antigua escuela florecen

en el drama, Sanchez de Castro, Herranz, Retes y Echevarria, y Perez Escrich; Enrique Gaspar, Eusebio Blasco, Pina, Marco y Miguel Echegaray, en la comedia; Vital Aza y Ramos Carrion en el género jocoso, y el sainetero Ricardo de la Vega, sucesor del inimitable D. Ramon de la Cruz.

El joven Cavestany atraviesa la escena cual rápido meteoro, para hundirse luego *Esclavo de su culpa* en las *Grandezas humanas*. Santistéban, Palencia, Santivañes, Sartero y otros, cierran la pléyade actual de que he de ocuparme más detenidamente.

Me he permitido esta digresion por el campo de nuestra historia dramática, para demostrar cómo las diferentes escuelas que se han sucedido, hanse ido adaptando al espíritu de los tiempos, ya religioso, ya heroico, ya romántico, ya naturalista.

Estamos, pues, en un momento dramático, que no vacilamos en llamar realista, y el realismo ha suplantado en el teatro como en la novela á los antiguos *ismos*, clasicismo, misticismo, heroismo y romanticismo.

Podrá ser el paso de esta escuela más ó menos rápido, pero no cabe dudar que

se hermana perfectamente con el espíritu del día; su importancia dependerá solo de los ingenios que la cultiven, y en este concepto sería injusto negar, que el de su jefe ha producido cuando menos, dos obras que pasarán á la posteridad, *O locura ó santidad* y *El gran Galvoto*.

Con lo antedicho queda probado que nos hallamos en los albores de una nueva escuela; no está, pues, el teatro en decadencia, que de estarlo, ni se hubieran iniciado nuevas tendencias ni aparecido autores ilustres.

Si de los autores volvemos la vista hacia los actores, encontramos que tras los Romea, Latorre, Valero, Arjona, Osorio, Matilde Diez, Teodora Lamadrid, la Zapatero y la Hijosa; Victorino Tamayo, Pedro Delgado, Manuel Catalina y Mariano Fernandez, han aparecido Calvo, Mario, Vico, Mata, Julian Romea, Ricardo Calvo, Donato Gimenez, Miguel Cepillo, Rosell, Sanchez de Leon, Gonzalez, Elisa Boldún, Elisa Mendoza Tenorio, Cármen Genovés, Dolores Fernandez, María Tubau, María Alvarez, Julia Cirera, Antonia Contreras, Ma-

tilde Rodriguez, Balbina Valverde, Josefa Guerra, Luisa Calderon, Amalia Losada. Sofia Alverá y otros que no recuerdo.

Parecerá á muchos, este *parangon* absurdo é infundado, pero me explicaré.

Siendo los teatros en número infinitamente menor, tanto en Madrid como en provincias, en los buenos tiempos de nuestro renacimiento dramático, se formaban en la corte dos compañías en las que se reunia cuanto de notable contaba el arte, la natural emulacion de buenos artistas hacia luciesen más sus facultades los que al juntarse se completaban, por otra parte no tan desarrollado el gusto, y las exigencias en menor escala, los empresarios que no tenían competencias que temer, podian formar cuadros completos, cosa á que ahora no se atreven.

A quien se diga que sin tener en España una buena compañía, no nos faltan artistas eminentes, hoy diseminados, pero que formarían cuadro completísimo, no dudamos que si conoce la marcha actual de nuestro teatro, nos ha de dar la razon.

Permítasenos presentar aquí un *cróquis*

de lo que sería el Teatro Español si á imitacion de la Comedia Francesa tuviese una dirección artística competente, y formase una sociedad análoga.

Actores.

D. Antonio Vico.—D. Emilio Mario.—D. Rafael Calvo.—D. Miguel Cepillo.—Don Julian Romea.—Don Ricardo Calvo.—Don Donato Jimenez.—D. Enrique S. de Leon.—Don Mariano Fernandez.

Actrices.

D.^a Elisa Mendoza Tenorio.—D.^a María Alvarez Tubau.—D.^a Julia Cirera.—Doña Antonia Contreras.—D.^a Julia Martinez.—D.^a Adela Zapatero.—D.^a Balbina Valverde.—D.^a Luisa Calderon.

—
Y aún quedarían Matilde Rodriguez y Concepcion Marin, Josefa Guerra y Josefa Hijosa, Clotilde Lombía y Emilia Llorente, Amalia Losada, Sofía Alverá y Dolores Abril, Manuel Catalina, José Mata, Alfredo Maza, Gonzalez, Rosell, Reig, Altarriba, Parreño, Ricardo Guerra y otros que po-

drian ocupar los segundos puestos sin menoscabo del arte, amen de los muchos actores y actrices que olvido, muy jóvenes unos, otros ya distinguidos.

Una compañía como la arriba propuesta es casi un imposible; necesita un teatro, una subvencion y un empresario; el primero grande, cuantiosa la segunda y el tercero inteligente; la hemos consignado, sin embargo, como respuesta á los que claman de continuo ¡ya no hay actores! ¿lo son éstos? les preguntamos.

Creo dejar bastantemente demostrado con lo ya expuesto *El estado general del Teatro Español en el último tercio del siglo XIX*, frase que sirve de epígrafe á este primer artículo de la série que ha de publicarse bajo el título *El Teatro Español Contemporáneo* y de la que formarán parte además del presente, cinco capítulos titulados *Los autores, Las actrices, Los actores, Los criticos y el público* y *Resúmen artistico*.

Grande será mi satisfaccion si despues de terminada la série he merecido la benevolencia de mis ilustrados lectores.



II.

LOS AUTORES.

Dos son los elementos principales que cooperan en la representacion teatral: el literario y el artístico; esto es, autores dramáticos y actores; para juzgar pues, con acierto, del estado más ó menos floreciente del teatro contemporáneo, hemos de fijarnos en los que tejen el cañamazo y en los que lo bordan, y analizando el mérito de su trabajo, tendremos la altura á que se halla la escena española, en el momento presente.

A lo que invito á mis lectores en este artículo y en el siguiente, es á que recorran conmigo amena galería de retratos, aspirando yo, tan solo al oficio del *cicerone*,

que completa con noticias y observaciones, el valor de las joyas artísticas que muestra.

Habrà en estos artículos algo de memorias íntimas, pues hablaré de aquellos á quienes conozco, con el cariño con que se enseñan las miniaturas de familia, y de juicios críticos tendrán tambien su poco; que este es su principal objeto y el medio más conducente al propósito mio.

La figura que descuella, gigantea en el grupo de nuestros autores dramáticos, es la de don Manuel Tamayo y Baus, el insigne émulo de Ayaia, García Gutierrez y Hartzembusch, soles que se hundieron ya en el ocaso de la vida, pero cuyos destellos luminosos, reverberan en sus obras, haciendo inmortales sus nombres en el libro de la pátria literatura.

Don Manuel Tamayo y Baus, decia, es la primera figura de nuestra dramática moderna; instruido como pocos y como pocos modesto, el Secretario perpétuo de la Real Academia Española, ha enriquecido el tesoro de nuestro teatro con obras comparables sólo á las de los más privilegia-

dos ingénios. *Un drama nuevo*, digno de figurar por su fondo y su forma al lado de los mejores de Calderon; esos mal llamados *arreglos* que se titulan *Lo positivo* y *No hay mal que por bien no venga*, ambas, comedias primorosas, y que si están inspiradas en obras francesas, las superan tanto como las tragedias de Shakespeare superan á las novelas de Mateo Bandello.

Virginia, tragedia de un corte pseudo-clásico admirable; *Angela*, melodrama interesantísimo; *La locura de amor*, en que con tanta delicadeza desarrolla el carácter de la reina Doña Juana; *La bola de nieve*, esa profundísima concepcion modelo de inspiracion y sentimiento y tantas otras, forman su repertorio, repertorio que vivirá siempre en nuestro teatro; sin contar las joyas inéditas que guarda receloso, para desconsuelo de los amantes del verdadero arte, y que, no por falta de buenos actores, como se ha dicho erróneamente, sino por ese instinto de modestia que le hizo ocultarse bajo el pseudónimo de Joaquin Estébanez, y quizás por una justa desconfianza en esa heterogénea multitud que

hoy ejerce la crítica, no ha dado ya á la escena.

Esperemos ese día de gloria y en tanto saludemos al egregio autor de *Un drama nuevo*.

Siguiendo las huellas de los pasos del maestro, Enrique Gaspar, el poeta valenciano pone el dedo en una llaga social con *La levita* y despues en *La resurreccion de Lázaro*, *La chismosa*, *La lengua* y otras obras notables, prueba que merece el puesto que se ha conquistado en nuestro teatro contemporáneo.

Gaspar es hombre de grande inteligencia y cumplido caballero; su carácter afable sin afectacion, y su conversacion amena, sin énfasis, denotan á primera vista el hombre de sociedad; pertenece á la carrera Consular, en la que ha ocupado puestos de importancia.

Su prosa es elegante y correcta, fluidos y galanos sus versos; brillan en las comedias de Gaspar, dotes de observacion y estudio apreciabilísimas, y esmaltan sus producciones, pensamientos siempre delicados y sátira fina siempre.

Es autor dramático muy distinguido; pero lejos de engreirse con sus triunfos le sirven solo para sufrir sereno las derrotas.

Como particular, su figura simpática y su peculiar circunspeccion, predisponen en su favor; yo de mí, sé decir, que es uno de los hombres más agradables que conozco.

Eusebio Blasco, por mucho tiempo el autor mimado del público madrileño, es otra personalidad interesante. Escritor festivo de singular donaire, la escena del teatro de la Comedia ha vivido mucho tiempo de sus producciones. Es poeta fácil aunque poco correcto, y el principal defecto de su teatro es la falta de originalidad.

El pañuelo blanco y *El baile de la Condesa* (de ser originales) bastarian á crear una reputacion; en la segunda época, sobresalen *El anzuelo*, *Jugar al escondite*, *Los niños y los locos* y especialmente *La rosa amarilla*, preciosísimo juguete que obtuvo extraordinario éxito; desde su permanencia en París, solo ha hecho arreglos de obras francesas, entre los que hay algunos me-

jores que los originales; merece mencion entre estos, *Cabeza de chorlito*.

Cronista de varios periódicos españoles y franceses, puede decirse que ya no cuenta en el activo de los autores dramáticos, y es lástima...

En este mismo género, y como antítesis de su hermano, brilla Miguel Echegaray. Nadie dijera al verlo en el saloncillo de autores ó en el escenario, con su aire encogido y modesto, que era autor tan aplaudido y menos de tan chistosas ocurrencias. *Sin familia* y *El octavo no mentir*, son quizás las más deleitosas comedias de su numeroso repertorio, en el que figuran *Vanitas vanitatum*, *Para una coqueta un viejo*, *Como las golondrinas*, *El otro*, las piezas *Echar la llave*, *Abogacia de pobres*, *Caerse de un nido* y otras menos notables.

Es autor fecundo y poeta fácil, aunque no de grandes vuelos; sus chistes son cultos y su diction generalmente correcta, ha tenido siempre poderoso apoyo en la compañía del señor Mario, que ha contribuido á obtenerle éxitos lisonjeros, aun en obras de poca monta, como *Inocencia*

(por ejemplo) que es una imitacion servil é incolora de la obra maestra de Lope de Vega *La niña boba*, imitacion que no por llamarse original y estar vestida á la moderna, dejará de serlo y mala, para descrédito del imitado y mengua del imitador.

Francisco Sanchez de Castro, hoy en el retraimiento, merece aquí puesto de honor aunque no sea más que por sus dramas trágicos *Hermenegildo* y *Theudis*, estrenado el primero en el teatro del Circo en 1875, y el segundo en el Español en 1879.

De sus cualidades de poeta, nos dán brillantísima muestra, estas décimas del monólogo de *Theudis*:

El bien y el mal, estos son
Los términos del arcano
Profundo, que lucha en vano
Por comprender mi razon.
Muestra la inmensa creacion
Un órden universal,
Y solo al sér racional
Por triste excepcion le veo
Doquiera víctima ó reo
De los estragos del mal.

Del aire, la tierra, el viento;
Del astro, el bruto y la planta,
Nada el concierto quebranta,
Nada turba el movimiento.
Tras la noche, el firmamento
Siempre el sol viene á alumbrar,
Siempre al río va á parar
La fuente, y al mar el río,
Y á estrellarse va bravío
En la orilla siempre el mar.

Ni el ave su cantilena
Negar sabe á la espesura,
Ni su indómita bravura
El fiero corcel refrena.
La ley que su vida ordena
Así cumple todo ser;
Mas ¿quién puede comprender
Lo que el universo fuera,
Si esa inmoble ley pudiera
El universo romper?

Y si por eso el vivir
Es lucha entre el bien y el mal,
Ninguna fuerza fatal
Me tiene que conducir.

En pos del bien podré ir
O el mal, si quiero escoger,
Y al abismo al descender,
O al subir al firmamento,
Proclamará mi ardimiento
Las grandezas de mi ser.

Ignoramos las causas que le inducen á encerrarse en los límites del silencio; pero nos consta, que guarda producciones inéditas de gran valía, y es lástima que demore por más tiempo el día de un nuevo triunfo que añadir á los ya obtenidos.

Marcos Zapata, de quien he dicho ya, que extraviado por los senderos de la zarzuela, no cuenta entre los autores dramáticos, merece un recuerdo por sus dramas históricos *La Capilla de Lanuza*, *El castillo de Simancas*, *El solitario de Yuste* y otros. Marcos Zapata, es poeta antes que autor dramático, pues como decia el inolvidable crítico García Cadena, «atiende más á la brillantez y novedad de la imagen, al ritmo unas veces magestuoso, otras fácil y flexible de la versificación, y por decirlo de una vez, á la forma y á la entonación poética,

que al interés de la acción dramática y á la natural espresión del sentimiento.»

Con esto queda dicho todo, es un autor dramático á lo Zorrilla.

Y aquí viene como de molde, rendir tributo de admiracion al autor insigne de *D. Juan Tenorio*, cuyos dramas histórico-románticos, aunque nacidos á la sombra de nuestro renacimiento dramático, siguen deleitando á los últimos vástagos del ya caduco siglo de las luces.

Mariano Catalina, con su drama *No hay buen fin por mal camino*, «había enseñado, (al decir del mismo crítico), el *camino* por donde despues se ha lanzado, con un ímpetu, no sabemos hasta qué punto regible, el señor Echegaray», y despues en otras producciones menos afortunadas como poemas escénicos, pero bellisimas como creaciones literarias, tales como *Luchas de amor*, *El Tasso* y *Alicia*, ha demostrado lo que es capaz de hacer.

Juan José Herranz es un autor muy distinguido; su drama *Honrar padre y madre*, concepcion delicadísima y de un alto sentido moral y su comedia *La mejor conquista*, merecen mencion.

Retes y Echevarría han dado á la escena española obras de mucho mérito. *La Beltraneja*, *Doña Maria Coronel* y *La Fornarina*, son testimonio de este aserto.

Hermanáronse estos dos ingenios de manera tan perfecta (que como acontece en Francia á los Erckman-Chatrian), no se vé en las obras citadas la menor desigualdad, cosa tan frecuente en las producciones escritas en colaboracion; el fondo y la forma bellos en demasía, se conciertan y amalgaman, para obtener esa unidad artística tan importante en las creaciones literarias.

Como muestra de versificación lozana y acción dramática, sirva el monólogo de Margarita en el tercer acto de *La Fornarina*.

Luego Echevarría con Santivañes, dió á la escena entre otras producciones notables, el bellísimo drama *El Paraíso de Milton*, que por la importancia de su asunto y la forma delicada que lo reviste, es al decir de un distinguido crítico, «digno de competir con el antiguo drama del famoso escritor alemán Kotsebue, *Misantropía y Arrepentimiento*.»

José Marco, con *El sol de invierno* probó la buena ley de su ingenio, y *La feria de las mujeres*, una de las comedias más aplaudidas del repertorio moderno, le conquistó una reputación envidiable.

Mariano Pina, en sus comedias *Redimir al cautivo*, *Capas y sombreros*, entre otras, y en sus chistosísimas piezas *Las cuatro esquinas*, *Suma y sigue*, *Carambola y palos* y tantas más, se ha mostrado autor cómico de primer orden.

Pasada esta breve revista á los dramatizadores, que llamaría yo de la antigua escuela, entro de lleno en el compendiado análisis de la escuela realista, análisis que, *malgré* el plan que me había propuesto, exige artículo aparte, pues paréceme necesario reposar un tanto la pluma en asunto de tal controversia, con más motivo, cuando el objeto de estos trabajos es presentar la verdadera situación artística en que el Teatro Español contemporáneo se encuentra.

Los acérrimos defensores de marcadas tendencias, los inocentes sectarios de románticas fábulas, los declamadores maes-

tros contra todo lo nuevo, idólatras ciegos de todo lo antiguo, todos han exagerado los defectos y las perfecciones de esta escuela, hoy predominante en el teatro, en el libro, en el cuadro y en el instrumento, en una palabra, de la literatura, de la pintura y de la música realistas.

Veremos si logro yo con un tantico de observacion, poner en sus sitios las piezas de este tablero de ajedrez, llamado teatro, y coloco en sus puestos reyes y torres, caballos y peones, dando mate á las rutinarias teorías de críticos trasnochados.



Por derecho propio corresponden á Don José Echegaray, como jefe del teatro realista, las primeras líneas de este trabajo.

El ex-ministro republicano, matemático profundo y distinguido literato, esperó para darse á conocer en la escena, á que su génio llegase á la madurez y por eso el 14 de Noviembre de 1874, obtuvo al presentarse en el Teatro Español con su drama *La esposa del vengador*, éxito ruidoso.

Merecido fué el triunfo de esta su primera obra; pues si bien es verdad que adolece de defectos, tales como el inverosímil viaje de Fernando para dar lugar á que se entablen amorosas relaciones entre Aurora y Lorenzo, y lo poco acabado del carácter de la madre, que apenas delineó el autor, y cuya insignificancia dramática perjudica—en mi entender—el conjunto del cuadro: tiene en cambio rasgos de ingenio nada comunes, está trazado con una riqueza de color y una delicadeza de pensamiento, que se revelan hasta en los menores detalles y adornado con una versificación bella y armoniosa, que cual riquísima túnica, recamada de oro y ornada con piedras preciosas, bastaría á cubrir las deficiencias del *maniquí*.

Rodaba sus turbias aguas
inmenso el Ganges sagrado
entre bosques de palmeras
y laureles aromáticos.
Al pié de algun bananero
maullaba el tigre, y el rastro
del cocodrilo en la orilla

conservaba el limo blando.

Era de noche: las sombras

cobijaban con su manto

las aguas del sacro río,

las selvas del suelo indiano,

y adivinaba el espíritu

en aquel nocturno caos

del misterioso infinito

el aliento soberano.

¡Do quiera la inmensidad,

lo enorme, lo ilimitado!

¡El boabad, el elefante,

el Himalaya, el Oceano!

En un bosque de bambús,

tapizando un ancho claro,

flores de humilde apariencia,

y cálices azulados,

dulcemente dormitaban

sobre sus flexibles tallos.

¡Noche de aromas y brisas,

y de rumores lejanos!

Al fin llegó la mañana

por el Oriente inflamado,

inundó las florecillas

el sol con sus puros rayos,

y al punto todos aquellos

cálices ántes cerrados,
se abrieron bajo el influjo
maravilloso del astro.
Tus bellos ojos, Aurora,
son cálices azulados,
que dormitan dulcemente
todas sus hojas plegando.
De aquel sol los resplandores
en un filtro he condensado,
el jugo de ciertas plantas
cuidadoso destilando,
y presto verás, bien mio,
flor dormida sobre el tallo,
al influjo prodigioso
de la luz del cielo indiano,
dilatarse tus pupilas,
cual las flores dilataron
sus corolas al llegar
del sol los primeros rayos,
¡Ojos azules, abrid
vuestos cálices, que os traigo
la luz aquella de Oriente
en este filtro encantado!

Así dice Fernando en el segundo acto,
de vuelta de su viaje.

A *La esposa del vengador*, sucedió en el orden cronológico de los grandes triunfos, el drama *En el puño de la espada*, estrenado en el teatro de Apolo el 12 de Octubre de 1875, y en cuya interpretacion cooperó al mayor *suces* de la obra, la insigne artista doña Teodora Lamadrid.

Dos escenas eminentemente dramáticas,—la final del acto segundo,—cuando Fernando cree sorprender á su prometida, en amorosa cita con otro, y al pedir luz, ve que era su madre la que allí estaba,—y la última del drama—cuando al observar Doña Violante que la miran y no puede borrar de la hoja de acero, las palabras que publican su deshonor, su hijo se clava el puñal diciendo

¡Cómo no borrarlo, madre,
Mientras tenga sangre yo!

constituyen los puntos más culminantes de una produccion trágica, en que abundan los versos armoniosos, las frases arrebatadoras, las descripciones brillantes, y ese *chiaro-oscuro* de los grandes cuadros dramáticos.

Esta obra es un paso más hacia el pináculo de la gloria, y supera en mil conceptos á *La esposa del vengador*; hay en toda ella más igualdad de composicion; sus caracteres están dibujados con más firmeza, y los resortes dramáticos de que el autor se sirve, son de mayor efecto que los del drama anterior.

Hé aquí las dos primeras composiciones de mérito con que dotó á la escena el ex-político y ex-ministro D. José Echegaray; ambas llamaron la atencion por lo trágico de sus argumentos, por lo fácil de la versificacion, y por el carácter político de su autor; pero ni efectuaron ni siquiera iniciaron esa revolucion dramática que su siguiente obra iba á plantear, y que despues de exaltar los ánimos y ser anatematizada por unos, ensalzada por otros, habia de triunfar gloriosamente llegando hasta crear escuela; escuela que, recogiendo las abandonadas ó rotas lirás de los Hartzenbusch, Tamayo, Rubí y Hurtado habia de colocar las inmarcesibles coronas de laurel que adornaban las tumbas de algunos de aquellos sobre las frentes de los Sellés,

Cano, etc., y que por unanimidad daría la jefatura literaria (mil veces más honrosa que la cartera de Ultramar) á su fundador y creador

Don José Echegaray.

Esta obra, revolucionaria por excelencia, se llama *O locura ó santidad*.

Empezaré por decir que la moralidad de una obra escénica no debe apreciarse por el triunfo del personaje más virtuoso: esto no es siquiera razonable. Además el autor no sostiene que Lorenzo deba ir á un manicomio, pero Lorenzo es víctima del criterio mundano de los que le rodean y por eso va. A Lorenzo se nos presenta como dechado de honradez y rectitud, mientras los demás caracteres aparecen todos dominados por alguna pasión vil (si se exceptúa la hija, única que rechaza la su-puesta locura de su padre).

Es inmoral toda concepción artística en que el vicio se atavía con las galas de la virtud, y ésta es despojada de su legítimo patrimonio; pero en *O locura ó santidad* no ocurre nada de esto; si Lorenzo no vence

es porque así lo exige la verosimilitud (que no la fábula, pues Echegaray es rico en inventiva: yo le llamaria el Nabab de nuestra escena); porque los grandes sacrificios no son premiados en la tierra; su galardón es de más elevada esfera, de aquella de donde emanan, del Cielo, que es su principio y su fin.

Yo creo que, *O locura ó santidad*, no solo no es inmoral, sino que la inspira un espíritu de perfecta moralidad: como producción dramática, la tengo por una de las mejores obras de nuestro repertorio moderno, y para creerlo así, me fundo en el análisis que de sus situaciones he hecho.

En mi opinion, los actos primero y tercero son superiores al segundo.

En el primer acto todo es perfecto; la visita de Juana y la confesion de su secreto, al mismo tiempo que la Duquesa llega á pedir la mano de Inés, es una doble situacion dramática insuperable, así como la escena final de este acto, en la que Lorenzo niega á la Duquesa la mano de su hija, declarando cuál es su verdadera situacion.

No sé qué es más digno de admiración en esta obra, si la grandeza del carácter del protagonista, ó la diversidad de sentimientos que expresan los demás personajes, sin por esto dejar de dirigirse todos á un mismo fin, y ser inspirados por una sola tendencia: el amor á su novio, contrapesado por el amor filial en Inés; el asombro y la duda en la Duquesa; la desconfianza en su hijo; la indiferencia en el doctor amigo; la lucha entre dos seres queridos y el amor de madre acallando á la razón en Angela; y en Juana, el egoísmo del cariño; todos estos sentimientos, que desarrollados en el segundo acto, no se encaminan más que á un fin egoísta, se ven tras las fisonomías de los distintos personajes, como la luz á través de cristales de colores, siempre luz, aunque con varios tintes, siempre egoísmo, aunque con distinto ropaje.

Las dimensiones de esta serie no me permiten analizar una á una las obras que componen el numeroso repertorio del dramaturgo ilustre, y las consideraciones que me he permitido sobre el drama *O locura*

ó *santidad*, me impiden detenerme á realizar con frase entusiasta, cual su mérito lo exige, esa joya de nuestro repertorio que con sumo acierto rotuló su autor *El gran Galeoto*.

Más trascendental y profundo en el pensamiento, correcto y bellísimo en la forma, el drama en cuestion, es el mejor título literario del autor de *Cómo empieza y cómo acaba*, *Lo que no puede decirse*, *En el pilar y en la cruz*, *En el seno de la muerte*, *Mar sin orillas*, *La muerte en los labios*, *Haroldo el Normando*, *Conflicto entre dos deberes*, *La peste de Otranto*, *Vida alegre y muerte triste*, *De mala raza* y tantos otros, que no enumero.

Como poeta D. José Echegaray, es inspirado, grandilocuente, fácil, armonioso, rico en imágenes y en pensamientos; como prosista es conciso y correcto: sus diálogos son siempre verdad y sus descripciones poesía; pero como hasta el sol tiene manchas, nótanse á veces en sus obras rimas impropias y palabras mal usadas: éstos y otros defectos son consecuencia de una precipitada produccion.

El autor que más de cerca lo sigue—y en la forma le aventaja—es Eugenio Sellés: hizo sus primeras armas con el drama histórico *La Torre de Talavera* representado por primera vez en el Teatro Español en la noche del 21 de Abril de 1877. Es un cuadro primoroso que le valió muchos y entusiastas aplausos; *El nudo gordiano* le colocó luego en primera línea, y cualquiera que sea el juicio que se forme del pensamiento que lo encarna, no puede negarse que está magistralmente escrito y desarrollado. Se estrenó este drama en el teatro de Apolo en 1878. Después *Las esculturas de carne* y *Las vengadoras*, entre otros, han obtenido éxitos más ó menos discutidos.

Es Sellés observador profundo y habílsimo escritor: sus versos son armoniosos y correctos, salpicados de pensamientos bellos, que incrusta como piedras preciosas, en su rima siempre fácil; y su prosa, como oro cincelado por mano maestra y esmaltado con todos los colores ó matices de la castiza habla española.

Leopoldo Cano y Masas, militar distinguido, demostró en *Los laureles de un poeta*

lo que de él podía esperarse, y justificó esta promesa en *La opinion pública*, en su linda comedia *La Mariposa* y en su drama *La Pasionaria*. Las protagonistas de ambas obras hallaron en Elisa Mendoza Tenorio egregia intérprete y *La Pasionaria* es el triunfo más ruidoso del teatro contemporáneo; á sus innumerables representaciones en Madrid ha seguido el *tour* de las provincias y ha sido traducida á varios idiomas, entre ellos al inglés, siendo representada bajo la direccion del eminente actor norte-americano Edwin Booth.

Si tuviera espacio, me extendería en reflexiones sobre la innegable importancia de esta obra, esencialmente escénica; sirvame de excusa el estar su mérito bajo este punto de vista, en la conciencia de todos; ¡lástima que, como produccion literaria; no esté al nivel de su trascendencia dramática!

El joven Pleguezuelo sigue muy de cerca á estos tres maestros del realismo dramático, en su drama *Mártires ó delincuentes*, estrenado con muy buen éxito en el teatro de Jovellanos el 4 de Febrero de 1884, demostrando que cuando domine el

arte de hacer comedias dará días de gloria á la escuela en cuyas filas milita.

Valentin Gomez con sus producciones escénicas se ha ganado en buena lid el honroso título de autor dramático; *La muralla de hielo* y *El desheredado*, entre otras, le acreditan como poeta brillante y dramatasta inteligente; es hablista consumado y su prosa correcta solo corre pares con su poesía, lozana y fresca como las flores de Mayo.

Javier Santero, médico y autor dramático á un tiempo, por su delicadísimo drama *Angel* estrenado en el Español en 1880, merece mencion muy honrosa; es éste, produccion de tan delicado pensamiento y dulce interés, que más bien ha de clasificarse como romántico; pero los arreglos que después ha hecho su autor de obras francesas, le colocan aquí. La protagonista de *Angel* encontró una *Magdalena* inimitable en Elisa Mendoza Tenorio.

Pedro Novo y Colsón, oficial de marina, y distinguido literato, obtuvo su primer triunfo escénico en el teatro de Jovellanos, en 1884, con su drama histórico *Vasco Nú-*

ñez de Balboa, presentando al siguiente año en el teatro Español, un drama titulado *Hombre de Corazón*, que se estrenó con escaso éxito. Prepara ahora una comedia de que se hacen grandes elogios y que se titula *El Archimillonario*. Es además editor de obras importantísimas, entre las que merece citarse, como un servicio prestado á la literatura española, la de *Los autores dramáticos contemporáneos*, avalorada con biografías, debidas á nuestros escritores más eminentes y embellecida con aguas fuertes del artista Maura.

Ortega Morejón y otros muchos que no me vienen en mientes al escribir estos renglones, cierran el estado mayor del teatro realista español.

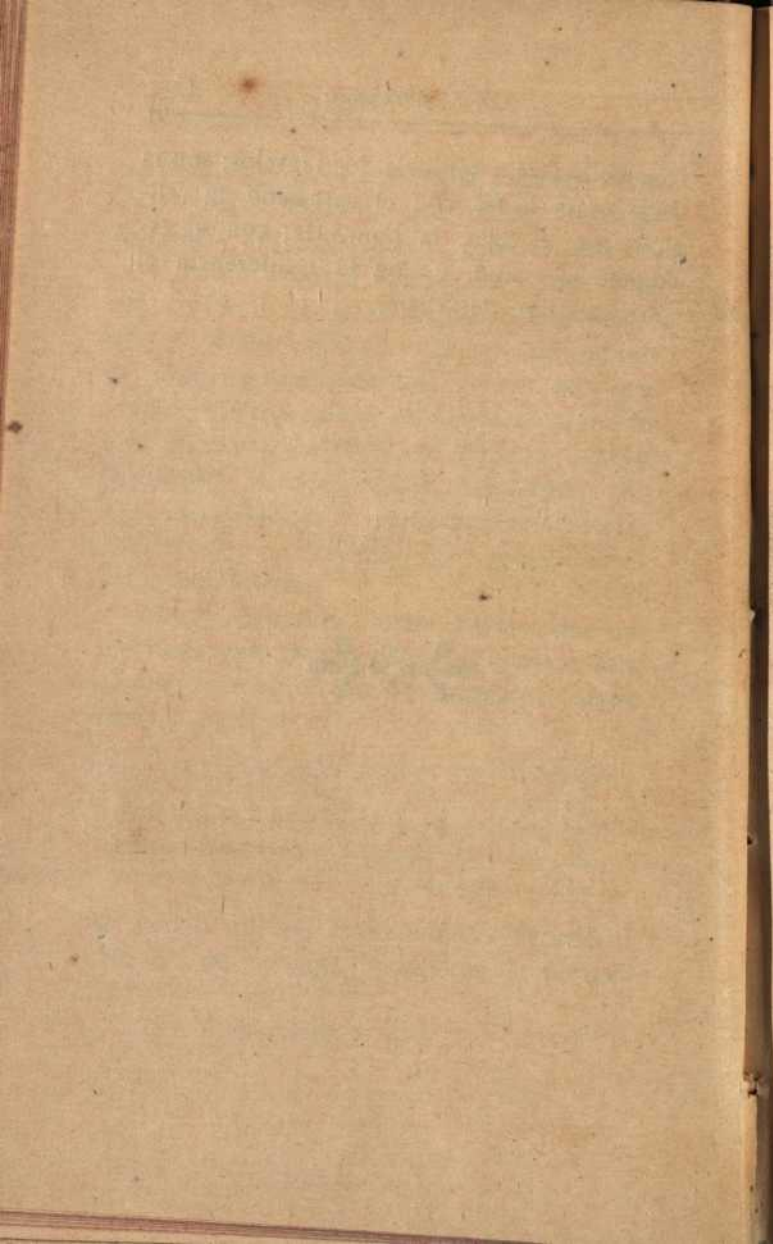
Y todo en torbellino, como revuelta danza
Que en un kaleidoscopio, el ojo, incierto ve,
Cual símbolo de vida, de fuerza y de pujanza:
La risa y la tristeza, el llanto y la esperanza.
La pena y la alegría, las dudas y la fé....(1)

se pintan en sus obras, como reproducción fiel de un siglo, que, con la piqueta

(1) Plácido Langle.

revolucionaria, demuele los templos; con la duda mata la fe; con el sarcasmo, la religión; con el agio, la honradez; con el escándalo la virtud, y con la indiferencia el cumplimiento del deber.







III

LAS ACTRICES.

Cúmpleme, 'al empezar este capítulo, depositar respetuoso las flores del recuerdo sobre la tumba de la inolvidable Matilde Díez y dirigir saludo de admiración entusiasta á dos damas hoy en el retraimiento: D.^a Teodora Lamadrid y D.^a Elisa Boldún.

Y cumplido este, que llamo yo deber de cortesía, los puntos de mi pluma irán trazando la corona que he de poner sobre las sienes de la Srta. D.^a Elisa Mendoza Tenorio, la primera de nuestras actrices contemporáneas.

La ciudad condal, emporio de las artes y de la industria, tuvo la suerte de mecer su cuna; las brisas marítimas de la anti-

gua Gades entonaron el primer himno de alabanza en loor de su génio; la corte de España la coronó despues con inmarcesible lauro; reune, pues, como ha dicho uno de sus biógrafos, «á la gravedad de una catalana, la elegancia de una madrileña y la gracia de una andaluza.»

Discípula predilecta de la gran Matilde Diez, aprendió los recursos inimitables de su maestra, recogiendo la sávia de aquella época gloriosa para nuestra escena.

Muerta Matilde y retiradas Teodora Lamadrid y Elisa Boldún, ella fué llamada á reemplazarlas, reasumiendo sus figuras en una sola y compendiando en sí propia más de medio siglo de glorias escénicas.

Y esto, que no es un elogio vano, se halla confirmado por manera extraña á poco que estudiemos sus cifras E.-M.-T.: á la inversa Teodora-Matilde-Elisa, ó Elisa-Mendoza-Tenorio.

No ha podido la Srta. Mendoza Tenorio superar lo insuperable en sus tres predecesoras; pero ha tocado con igual talento y genial inspiracion los tres repertorios, como lo demuestran, entre otras obras,

Un drama nuevo, La bola de nieve y Lo positivo del de la Sra. Lamadrid; *Redimir al cautivo* y *La niña boba*, de Matilde Diez; *La Fornarina, El vergonzoso en palacio y Crisálida y mariposa* de la Sra. Boldún.

Su voz dulce y melódica tiene en igual intensidad las notas tristes y angustiosas, que las risueñas y alegres, dotada además de un ritmo armónico que se adapta perfectamente á la cadencia del verso, nadie como ella lo declama, siendo esta cualidad sobresaliente más de notar en los largos parlamentos del teatro antiguo, que puestos en sus lábios adormecen como los ecos de música lejana en la hora crepuscular, ó como el girar del céfiro y el murmullo de las aguas en plácida tarde estival. Su repertorio propio es tan numeroso, que no nos es dado recordarlo; baste decir que ha creado las protagonistas de cuantas obras notables escribieron en los últimos diez años nuestros más eminentes autores dramáticos. Entre estas personificaciones citaremos: Consuelo, en la comedia de Ayala; Martina, en *La mariposa*; Beatriz en *En el seno de la muerte*; Teodora, en *El gran Galeoto*; Pe-

tra, en *La pasionaria*; Margarita, en *La muerte en los labios*; Suzel, en *El amigo Fritz*; Lola, en la obra de Gaspar y tantas otras notabilísimas concepciones.

El amor casto y puro, la inocencia, los celos, la dignidad y abnegacion, la infidelidad, el arrepentimiento, la infantil travestura, la altivez, cuantos sentimientos animan al ser humano, tienen en su talento privilegiado encarnacion perfecta, pero más especialmente aquellos que por lo noble y desinteresado se identifican más con su alma pura y sus sentimientos de acendrada virtud.

Así la canta el poeta malagueño señor Martínez Barrionuevo.

Habla, y al hablar, su acento
es una nota suave
y es el arrullo de un ave
y es un gemido del viento.
Es la voz del sentimiento
y el eco de la dulzura;
es la misteriosa y pura
queja del viento á la flor...
bendito beso de amor
sobre un cielo de hermosura.

Es el caudaloso río
que salta de breña en breña;
la roca que se despeña
con el torrente bravío.
Es el loco desvarío
que en la mente se desata,
y es la grandeza insensata
que el alma agobia pujante,
y es el estruendo gigante
de la ronca catarata.

En pradera de azucenas,
roja nube de amapolas;
del mar hirviente, las olas;
del bardo, las cantilenas;
llanto alegre, dulces penas,
sol sin nubes, iris bello,
en la mirada el destello;
en el alma fuego santo:
en su figura el encanto,
y la noche en su cabello.

El elogio de la dama, nunca bastante
exagerado, está en la conciencia de cuan-
tos han tenido la honra de tratarla y han
podido apreciar su ejemplar conducta y su



exquisita finura, complementos de una belleza radiante.

María Alvarez de Tubau, hoy la señora de Palencia, merece aquí puesto honroso. Dedicada muy especialmente á la comedia, ha pasado muchos años al lado de Emilio Mario, el Director modelo, y ha sabido aprovechar sus enseñanzas llegando á dominar de modo notable este género de producciones escénicas. El teatro francés la ofrece siempre más ancho campo donde lucir sus facultades que se adaptan en particular á los caracteres frívolos y superficiales.

Ha estrenado con éxito extraordinario todo el repertorio de su distinguido esposo, y la mayor parte de las comedias de Echegaray (Miguel) y Blasco.

Su figura elegante y su distincion de modales, contribuyen á realzar el mérito indiscutible de esta artista. Entre las pasiones que mejor expresa, es una, la de los celos, que parecen en ella verdad patente—sin embargo, no ha llegado á mis noticias que sea celosa, y sí que su virtud y talento son ilimitados.

Viste siempre con exquisito gusto, y goza en Madrid de numerosas simpatías.

Su declamacion, quizás defectuosa en el verso, es naturalísima en la prosa y su expresion como sus movimientos, son siempre ajenos á toda afectacion.

Fué por muchos años la primera actriz en el teatro de la Comedia.

El verla reunida con Elisa Mendoza Tenorio en una misma compañía, es uno de los sueños que acarician los verdaderos aficionados al arte dramático.

Antonia Contreras puede decirse que se ha hecho en pocos años una buena actriz; ahora regresa de América, donde, con Rafael Calvo, ha recogido abundante cosecha de laureles. Su figura es delicada é interesante; posee dotes poco comunes de talento é inspiracion, y al lado de tan buen maestro adelantará mucho. Es una actriz en el estilo de Elisa Mendoza Tenorio; esto es, genuinamente española, y su repertorio es el mismo que aquella eminencia cultivaba en su primera época.

Julia Cirera hace unos pocos años era desconocida en España, donde actuó en su

primera edad retirándose despues al contraer matrimonio.

Es hija de la notable actriz americana señora Roca, y nacida en el Uruguay, el sol tropical de su pátria le ha prestado el fuego de sus rayos.

De vuelta en la escena, el desenvolvimiento de sus facultades ha sido rápido y su adelanto asombroso, desde que la dirigió Vico.

Inspiracion y sentimiento, verdad y passion, son dotes que posee en alto grado, y si no fuera por la precipitacion en los ensayos y la necesidad en que se ha visto, ya en Madrid, ya en provincias, de aumentar continuamente su repertorio, sus interpretaciones serían mas acabadas. Se distingue en el drama que es su especialidad: su apasionado temperamento no se presta tanto á la comedia.

Promete esta actriz dias de gloria cuando alcance el *summum* del arte. Su figura es simpática y su cuerpo esbelto; la voz pastosa y agradable; declama con sentimiento y entonacion dramática, y sus transiciones son muy notables.

Se distingue mucho en *Redencion*, *Adriana*, *El tanto por ciento* y *La peste de Otranto* entre otras obras, y muy especialmente en el papel de Doña Juana en *La locura de amor*, de cuyo carácter ha hecho una verdadera creacion.

Balbina Valverde, la inimitable actriz característica, es por su gracejo, naturalidad y dominio de la escena, una de las primeras figuras en el cuadro de nuestro teatro. Para juzgar de sus aptitudes especiales, es preciso verla y escucharla. En este mismo género es muy discreta Josefa Guerra; y Adela Zapatero, más artista que las dos citadas, ocupa el lugar preferente como característica y como actriz cómica. Bien se conoce que pertenece á la época gloriosa de los Romeas y Valeros.

Luisa Calderon, de hermosa figura y claro talento; Matilde Rodriguez, elegante y espiritual; Sofia Alverá, bella y discreta; Concepcion Marin y Emilia Llorente, ambas buenas actrices, y otras que olvido, cierran el círculo de las primeras damas.

Entre las damas jóvenes, citaré á Julia Martinez, cuya belleza es el ideal del ar-

tista mas consumado, cuyo cuerpo, es el fiel trasunto de las esculturas de Fidias, y cuya cara parece arrancada de un lienzo de Rafael, dotada además, de un talento de expresion extraordinario y de una afición al arte digna de encomio; Luisa Casado, distinguida y estudiosa; Dolores Abril, graciosa y discreta; Eloisa Gorriz, tan donosa como bella; María Gambardella, legítima esperanza del arte, y Adela Garzón, notable como actriz y como mujer hermosa.

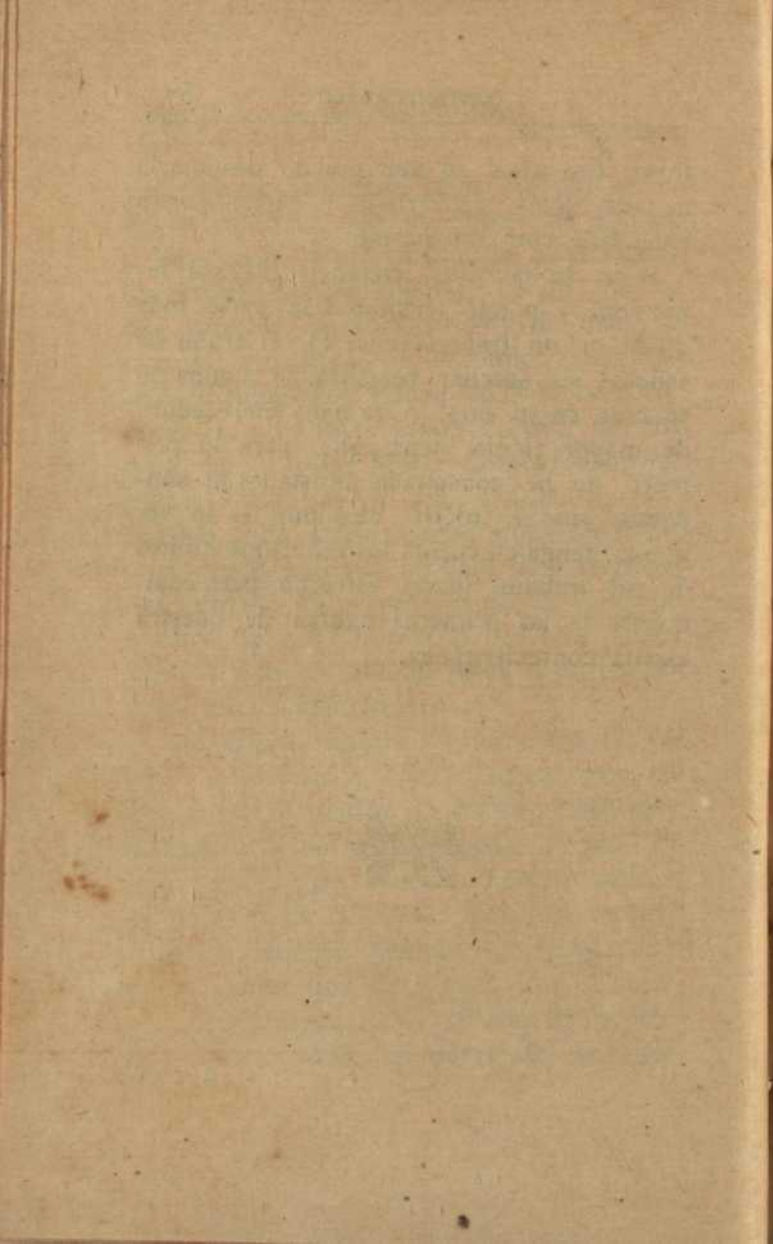
Clotilde Lombía, no tiene hoy rival como actriz cómica, recordando la época de nuestro apogeo dramático, cuando empezara al lado de Matilde Diez y otros artistas sus contemporáneos.

He dejado para la última entre las actrices españolas á Josefa Hijosa, por ser éste tambien puesto de honor, y ella muy acreedora á mencion especial. Pepita Hijosa, que así la llamaban nuestros padres, es tambien de la buena época, y no tuvo rival en aquellos tiempos gloriosos como actriz cómica; hoy desempeña con el acierto que distingue á los génios, los papeles de primera actriz, en obras de su reper-

torio. Los años no han podido despojarla de sus dotes de artista y sigue siendo aplaudida con entusiasmo.

Con su nombre, cierro la pléyade femenina, y pongo término á la parte más difícil de mi trabajo, cual es, el tratar de señoras sin suscitar rencillas. Si alguna no se cree en su sitio, ó se halla merecedora de mayor elogio, sepa, que para lo primero, no he consultado amistades ni simpatías, sino el mérito absoluto; si lo segundo, tenga en cuenta los reducidos límites de este trabajo, marco estrecho para cualquiera de las primeras figuras de nuestra escena contemporánea.







IV

LOS ACTORES.

Don José Valero, el eminente artista contemporáneo y émulo del gran Romea, es el decano de nuestros actores y el que por su talento y artística significacion merece figurar á la cabeza de todos ellos.

No han podido los años apagar el fuego sacro de la inspiracion sublime, fuego que el arte encendiera en esta personalidad célebre y que todavía lanza brillantes llamaradas de luz, bastante á iluminar con su resplandor el teatro moderno, pues como le ha dicho al son de su lira el soldado poeta:

Ya trasmontas astro rey
y aún deslumbra tu reflejo;
tu corona es de oro viejo,
pero tiene buena ley. (1)

Prueba de ello son los triunfos obtenidos en la presente temporada en la escena de Novedades, por la que han desfilado en toda la arrogancia de su grandiosidad, creaciones como *Luis Onceno*, *El músico de la murga* y *El avaro*.

Renuncio á bosquejar su retrato y á narrar su carrera; figuras como ésta requieren cuadro aparte, se salen del grupo y descuellan gigantescas: saludemos, pues, con respeto á este astro que se aleja.

Victorino Tamayo y Baus, es, despues de Valero, el más consumado de nuestros actores.

Dotado de una naturalidad asombrosa posee como ningun otro el dominio del detalle, su inteligencia y arte han suplido la prematura decadencia de sus facultades

(1) Leopoldo Cano.

naturales y su inspiracion le acompañará hasta la tumba.

Es el creador insigne de Yorick, en cuyo personaje no ha tenido rival y ha interpretado con cariñoso acierto las obras principales de su ilustre hermano.

Rayó tambien á gran altura en el repertorio del celebrado Arjona, que despues de muerto aquel, empezó á interpretar; *La aldea de San Lorenzo*, *Un banquero*, entre otras, prueban esta verdad.

Si en el drama brilló siempre á envidiable altura, no lució menos sus dotes notabilísimas en la comedia, y *La boda de Quevedo*, *La escuela de los maridos*, *Los soldados de plomo* fueron de sus producciones favoritas.

Otro artista de la buena época es Manuel Catalina, cuya distincion de modales y naturalidad le hacen idóneo para la comedia; nadie despues de Romea ha sacado del frac y la levita, tanto partido como él.

Es preciso acostumbrarse á su diccion defectuosa; pero una vez hecho el oido, encanta por su maestría y finura.

Tiene una carrera gloriosa y numeroso

repertorio. Entre las últimas creaciones citaré *Divorciémonos*, arreglo hecho por él mismo, de la comedia de Sardou, y que interpretó con igual esmero que el que puso al verterla al castellano.

Tiene algo de poeta y mucho de hombre de mundo.

Pedro Delgado, es tambien una legítima gloria de nuestra escena.

Su creacion del *Otelo*, le conquistó reputacion envidiable. La nieve de los años ha entibiado el fuego de la inspiracion, pero aun lanza su génio brillantes resplandores.



Y he llegado á los actores modernos.

—Vico, Calvo y Mario.—

Representan estos artistas tres géneros distintos y pertenecen á escuelas diferentes.

Antonio Vico, es una especialidad para el drama realista; la nueva escuela ha encontrado en él, intérprete excelente, y Eche-

garay, Sellés y Cano, le deben sus triunfos más preciados.

La inspiracion enaltece á este artista, y los arranques de pasion son en él grandiosos; es de esos actores que en un momento dado arrebatan al auditorio; nada más divertido, que verle eu un estreno de éxito dudoso; el público se presenta siempre frio y severo, aparece el actor, y como el domador á la fiera, le acaricia; el público siente, se conmueve, aplaude, y como fiera, se rinde á los piés del domador.

No le faltan conocimientos ni estudio, pero se descuida mucho, hasta el punto, de que su representacion, á veces admirable, decae en ocasiones, hasta no pasar de discreta.

Es, no obstante, un gran actor, y tiene creaciones admirables, como el Lorenzo de *O locura ó santidad*, el Carlos de *El nudo gordiano*, el Fernando de *Consuelo* y tantas otras, que seria prolijo enumerar.

Rafael Calvo, es sin duda, su digno rival, pero su génio es de índole distinta.

Más estudioso que Vico, es más igual en su trabajo y rara vez se descuida.

En Calvo hay talento é ilustracion nada comunes: tiene además facultades naturales inmejorables.

Calvo es siempre un excelente actor; pero en el teatro antiguo, y en los dramas de época es una eminencia; no tiene rival, y es que Calvo, como Elisa Mendoza, es genuinamente español en sus facultades y en sus aficiones; nada más delicioso que una comedia de Moreto ó Tirso, que un drama de Calderón ó Lope, puesto en boca de estos actores—al juntarse se completan—y armonizan de suerte sus dotes excepcionales, que llegan á la perfeccion en el conjunto y el detalle. Elisa es la actriz para Rafael y Rafael el actor para Elisa; esta es una verdad inconcusa, y el empresario que lograse reunirlos de nuevo, prestaría al arte español señaladísimo servicio.

Despues de admirarlos en *El desden con el desden*, de Moreto, *El vergonzoso en palacio*, de Tirso, *Castigo sin venganza*, de Lope, en *El trovador*, de García Gutierrez, *Un drama nuevo*, de Tamayo, *Otelo*, de Retes, y *Hamlet*, de Coello, no es posible negar lo arriba dicho.

Guzman el Bueno, La vida es sueño, La jura en Santa Gadea, En el seno de la muerte, Conflicto entre dos deberes, El gran Galeoto y otras muchas obras, forman la cadena de artísticos eslabones que componen su gloriosa carrera.

Declama Calvo con entonación siempre viril y enérgica; su voz armoniosa posee todos los registros, y su ademán es siempre apasionado.

No olvidaré nunca su manera de decir estos versos de Rojas:

Era del claro Julio ardiente día,
Manzanares al soto presidia,
y en clase, que la arena ha fabricado,
lecciones de cristal dictaba el prado,
cuando, al morir la luz del sol ardiente,
solicito bañarme en su corriente.
En un caballo sendas examino,
y á la casa del Campo me destino.
Llego á su verde falda,
elijo fértil sitio de esmeralda;
del caballo me apeo,
creo la amenidad, el cristal creo;
y apenas con pereza diligente

la templanza averiguo á la corriente,
cuando alegres tambien como veloces
á un lado escucho femeniles voces.

.
Más la voz me encamina, y más me llama;
voy apartando la una y otra rama,
y en el tibio cristal de la ribera
á una deidad hallé de esta manera.
Todo el cuerpo en el agua hermoso y bello,
fuera el rostro y en roscas el cabello,
deshonesto el cristal que la gozaba,
de vanidad al soto la enseñaba.
Mas si de amante el soto la quería,
por gozársela él toda, la cubría.
Quisieron mis deseos diligentes
verla por los cristales transparentes,
y al dedicar mis ojos á mi pena,
estaba al movimiento de la arena
ciego ó turbio el cristal; y dije luego:
¿Quién con esta deidad no ha de estar ciego?
Turbio el cristal estaba
y cuanto más la arena le enturbiaba,
mejor la ví, que al no ver la corriente
sola era su deidad lo trasparente,
no el rio, que al gozar tanta hermosura,
él es quien se bañaba en su blancura.

Cubría, para ser segundo velo,
túnica de Cambray todo su cielo,
y solo un pié movía el cristal blando;
¡sin duda imaginó que iba pisando!
Pero cuando, sin verse, se mostraba,
un plumage del agua levantaba,
del curso propio con que se movía:
viale entre el cristal y no le vía;
que distinguir no supo mi albedrío,
ni cuando era su pié ni cuando el río.

.
Sale á la orilla donde verla creo;
ponéñseme delante y no la veo:
enjúgala el halago prevenido
la nieve que ella habia derretido;
cuando un toro con ira y osadía
(que era día de fiestas este día)
desciende de Madrid al río, y luego
más irritado, sí, que no más ciego,
quiere cruel, impío
de corage beberse todo el río.
Bebe la blanca nieve,
bebe más y su misma sangre bebe.
El pecho, pues, herido, el cuello roto,
parte á vengar su injuria por el soto:
las cortinas de ramas desabrocha,

sacude con la voz á la garrocha,
y á mi hermosa deidad vencer procura;
que se quiso estrenar en la hermosura.
Huyen, pues, sus criadas con recelo,
y ella se honesta con segundo velo;
que aunque el temor la halló desprevenida,
quiso más el recato que la vida.
Yo que miro irritarse el toro airado,
de amor y de piedad á un tiempo armado,
indigno la pasión, librarla espero,
y dándole advertencias al acero,
osadía y pasión á un tiempo junta
el corazón le paso con la punta,
con tan felice suerte,
que ni un bramido le costó la muerte.

.

Mario, de quien he dicho que es el *director modelo*, es un actor notabilísimo, tan notable como los dos anteriores, pero mejor director que ellos. Su género es la comedia, y el teatro francés, en cuyas obras más salientes ha competido dignamente con los artistas franceses é italianos. Su teatro es el templo del arte; allí todo respira progreso y adelanto; él ha dado impulso

antes desconocido á la escenografía y á la indumentaria artística; tiene discípulos notables y ha reunido un cuadro artístico de condiciones excepcionales.

Su naturalidad, su sentimiento, su expresión, todo es en él verdad, y sin desplantas ni recursos de baja estofa, interpreta con igual maestría lo serio que lo cómico.

El teatro de Breton, por el que ha mostrado preferencia, le debe admirables tipos.

Es hombre muy fino, muy ilustrado y agradable; representa en la escena española un papel importantísimo, y como empresario y como artista, hace mucho en pró del teatro.

Su coliseo, es el coliseo de moda, y sus amigos, cuantos le tratan, así como cuantos le escuchan, son sus admiradores.

Júlian Romea, que fué por mucho tiempo galán jóven en su compañía, es inimitable en el género cómico, y lleva con honra nombre tan glorioso; no se puede pedir más naturalidad ni gracia que la de que hace gala el primer actor del teatro Lara, á quien sus amigos llaman *Romeita*.

Ricardo Calvo, el primer galán joven dramático de nuestro teatro moderno, reúne condiciones excepcionales de inteligencia y arte; sus dotes naturales son excelentes; declama con gran maestría y caracteriza con perfección suma; en una palabra, es digno de figurar al lado de su ilustre hermano.

Muy discreto en lo cómico, cuenta con numeroso repertorio.

Otro buen galán es Enrique Sánchez de León, estudioso y discreto: en papeles serios y en papeles cómicos igualmente acertado, como lo probó en *El octavo no mentir*, en *Demi-Monde*, y en *Dora*, de cuyo Tekli ha hecho una creación; tiene algo de lo bueno que avalora á los actores italianos y mucho de los franceses—pero todo sin imitación.

González, más en el estilo de Vico, tiene talento y facultades.

También como galán joven y actor cómico, brilla Ricardo Valero, que goza de legítima nombradía.

Y quédanme por citar entre los primeros actores, á Miguel Cepillo, actor de

primera fuerza y de grandes dotes; José Mata, de muy buena escuela y naturalidad sobresaliente; Ricardo Morales, siempre discreto é inteligente, y Alfredo Maza, en la comedia, muy notable.

Donato Giménez, el primer actor de carácter de la época presente y artista de buena ley; Parreño y Altarriba, son también actores distinguidos.

Mariano Fernandez, que no conoce rival como actor cómico, y gracioso del teatro antiguo, es artista notabilísimo, que sin incurrir en lo grosero. ha hecho reir á tres generaciones; Ramon Rossell, muy discreto y realmente gracioso, tan notable por sus tipos, como por sus aptitudes, y Zamacois, y Domingo García, y Carsi, y otros que no recuerdo.

Rubio, que es una especialidad en su género, y Ruiz de Arana, sin igual en el arte de *se faire une tête*, como dicen los vecinos del otro lado del Bidasoa, y Vallés, Lujan, Riquelme, etc.

Ricardo Guerra, es un actor discreto, y Cirera, Aguirre, Viñas, Barceló, Reig, Cachet Thuillier y otros, merecen también mencion.

Incompleto va este capítulo, y desmajado por demás, pero los he ido citando según me venian en mientes, sin cuidarme de categorías, ni géneros, seguro de que el público los pondrá en su sitio con su artística intuición.

No es un índice lo que ofrezco, sino un cuadro sinóptico de los actores contemporáneos; el leyente me hará la gracia de colocar en los huecos vacíos los nombres que recuerde, y que sean acreedores á esta distincion, pues mi memoria no llega más allá por mucho que me esfuerzo en estimarla.





V.

LOS CRÍTICOS Y EL PÚBLICO.

Es indudable que la ilustracion de los públicos influye poderosamente en la marcha general del teatro, pudiendo ser causa de su apogeo así como de su decadencia, y como los críticos ejercen una especie de sacerdocio en el arte, á ellos, corresponde formar el criterio del público, con sus juicios autorizados, fruto del estudio y de la experiencia.

Por eso los Revilla, García Cadena y Cañete, son como preciosas cariátides en que descansa el arte escénico, pues con una intuicion artística comparable sólo á la profundidad de sus conocimientos, de-

fienden la escena de la invasion del mal gusto, y la guian por los derroteros del verdadero arte.

El crítico ha de poseer dotes de observacion muy especíales, y notoria rectitud de juicio; ha de prescindir de simpatías personales y rehuir los apasionamientos; que no de otra suerte podrá su voz tener resonancia en los ámbitos del arte.

Estos críticos abundan poco, justo es confesarlo.

El crítico de hoy, es simplemente el periodista de ayer, el espectador de la víspera, y si bien es cierto que cada espectador es un crítico, tambien lo es que cuando sus observaciones no se basan en razonamientos, sino en impresiones, no puede aspirar á que su opinion prevalezca como la más autorizada.

Nada más divertido que oir los distintos juicios de los espectadores de una representacion teatral: sin encomendarse á Dios ni al diablo, manejan vocablos á su placer, echando por tierra reputaciones artísticas ó creándolas segun les ocurre.

Yo he oido, aunque no sin indigna-

cion lo confieso, comparaciones chistosísimas; recordaré siempre que en Granada, y en el teatro de Isabel la Católica, oí á una señora comparar una triple dramática de tercer orden con una de las celebridades en el género, y en el primer teatro de Madrid, me acuerdo de las demostraciones de desagrado que hacia un espectador en la fila de butacas detrás de la que yo ocupaba, porque aplaudíamos con entusiasmo á una eminencia dramática, en uno de sus mejores papeles.

Si se hubieran de pedir pareceres en la noche de un estreno sobre la obra nueva ó la interpretacion de las primeras partes, nos sucedería lo que al pintor milanés que quiso le señalasen los defectos y luego las bellezas de su cuadro, y se encontró con que habia hecho una obra de arte y un mamarracho, todo en una pieza, pues cuanto elogiaron unos, otros lo censuraban.

Y esto mismo aconteció pocos años hace á los autores del drama *El Paraíso de Milton*, Echevarría y Santivañes, quienes despues de copiar las contradictorias opiniones de los críticos con respecto á su be-

lla obra, concluyen con estas frases la nota que acompaña á la edicion:

«Despues de esta diversidad de pareceres y de noticias, los autores se ven en la necesidad de tener que seguir su difícil camino sin hallar norte ni guia en la *crítica dramática española*...

Respetuosos con todos los pareceres no pueden aunque quieran, saber lo que han hecho de *bueno* y de *malo* en su obra y lo que deben hacer en las sucesivas. ¡Ojalá consigan como en la presente escuchar los aplausos del público!»

Y si no temiese pecar de prolijo anotaré aquí las contradicciones en que incurrieron los principales periódicos al juzgar la interpretacion admirable de una obra francesa, por una actriz española. ¡Misterios de redaccion!

Claro está que estos críticos lo son solo de nombre, pues como para ejercer no se requieren ejecutorias de ilustracion, sino que un poco de papel en blanco basta y sobra, y esto abunda en las columnas de muchos periódicos, ellos se dan á sí propio

título tan sonoro y se lanzan en brazos de la tolerancia común.

De estos, escribe el eminente Cañete: «Se ha dicho y repetido millares de veces que no hay nada tan osado como la ignorancia; correlativa de esta verdad corroborada por la experiencia en todos tiempos, viene á ser la de que la osadía del ignorante causa estragos más perniciosos que en otras regiones, cuando se manifiesta y desarrolla en el campo de las artes ó de las letras, y muy particularmente cuando aspira á prevalecer en los dominios de la crítica.

»Hanme sugerido esta observacion, los alfilerazos que ciertos revisteros de diarios políticos dirigen sin ton ni són cada lunes y cada martes á los que no se hallan abanderizados en su pandilla, ni tienen el mal gusto de ensalzar las obras dramáticas que á ellos les parecen dignas de singular estimación.

»Ellos, que apenas se distinguen por otra cosa que por su estrechez de miras, ó por la vacía hinchazon de sus grotescas lucubraciones, y que en materia de artes

apenas suelen ver más allá de sus narices, empuñan á cada momento la férula para castigar con ínfulas de dómines á los que, aun valiendo y sabiendo poco, valen y saben lo suficiente para saber cuanto ignoran tales maestros, y el poco aprecio que se debe hacer de los erróneos juicios que aventuran y de su bambolla churrigueresca.

»Compadezcamos á esos infelices, que harta desgracia tienen con ser bizcos del entendimiento y del gusto, y deploremos el mal que pueden ocasionar, no por lo que valga su opinion, sino por el lugar en que la consignan y por el nocivo influjo que desde esa especie de cátedra pueden ejercer en la indocta multitud para quien tiene siempre cierta autoridad é importancia lo que vé escrito en letras de molde.»

Así habla el decano de los críticos.

Otra figura saliente de la crítica dramática, es la de Asmodeo (D. Ramon de Navarrete), por mucho tiempo el cronista de moda en los salones de Madrid y el crítico teatral de *La Epoca*.

Sus trabajos han sido muy leídos, y sus juicios, muy acertados, participan de

la severidad del literato y de la indulgencia del aficionado. Ha creado con los puntos de su pluma, muchas reputaciones, y le cabe la gloria de haber sido el primero en señalar una gran actriz en la señorita Mendoza Tenorio, cuando esta artista empezaba su carrera en modesto coliseo, cobijada por las alas del Fénix de los Ingenios—en el teatro de Lope de Vega, hoy derruido:—así lo consignó al verla crear el papel de Consuelo, y tomar con él, puesto de honor en nuestra escena.

Luis Alfonso, que le ha seguido en las columnas de *La Epoca*, es una persona muy ilustrada: sus escritos acusan dominio del idioma, que maneja con suma maestría, pero es mejor crítico de arte, que de teatros, adoleciendo sus trabajos sobre la dramática, de un fatalismo sistemático, y de una tendencia al teatro extranjero que le coloca entre los *afrancesados*.

José Octavio Picón, jóven novelista, es uno de los críticos más autorizados en la nueva pléyade; tiene verdadera intuición artística y dotes de observador con gusto de literato.

Sus críticas siempre razonadas y sus elogios justificados siempre, le han ganado lugar muy preferente.

Tambien Mariano Cavia, lleva con honra el pabellon de la crítica, distinguiéndose por su conocimiento del teatro.

Bofill, apasionado por demás, tiene el prurito de aparecer siempre con sus opiniones extrañas, como nota discordante en el concierto de la crítica contemporánea, no obstante las dotes de observador que le adornan. Y otros muchos, más periodistas que críticos y más aficionados que inteligentes, emborronan cuartillas que luego trasladan á sus columnas los periódicos, cada uno de los cuales se cree en el deber de dar á sus lectores juicios sensatos ó disparatados, de lo que vieron la víspera.

Y como segun la frase vulgar, «el papel todo lo aguanta», son de leer los dislates de estos señores críticos, afanosos de meterse en artísticas honduras.

El público, ya escarmentado de tan in-doctos maestros, presta sólo alguna atención á aquellos que, como los antes cita-

dos, logran sobresalir en el «occeano de cabezas vulgares», como llama una escritora ilustre, á los adocenados en literatura.

Y como la aficion de los madrileños, al arte escénico no tiene límites, llegando hasta el punto (que mucho les honra) de que á juzgar por el número de teatros que tenemos, y siendo esta una de las pruebas de la civilizacion, Madrid está á mayor altura de ilustracion que muchas de las capitales de Europa, prefieren acudir á juzgar por sí propios lo que al siguiente dia les dan disfrazado por la pasion ó la ignorancia, deleitándose en lo bueno y excelente ó criticando las deficiencias de lo mediano.

Falta, pues, la crítica en general de la seriedad que requiere, el público prescinde de ella; pero como la ilustracion de los espectadores, tambien en general, deja mucho que desear, se siguen la confusion y el marasmo, se crean reputaciones ficticias por pandillas de admiradores personales, ó se trata en vano de desprestigiar eminencias.

Se estraga el gusto viciándose, y mientras se encomian con desaforados elogios

obras mediocres, no se está á la altura de juzgar las grandes creaciones, joyas de nuestro teatro.

Y esto en todas las clases, pues recuerdo haber oído preguntar á un grande de España, quien era el autor de *La niña boba*.

Queda claramente demostrado que de la decadencia del Teatro Contemporáneo, si esta decadencia existe, cabe la mayor parte de culpa á los errores de la crítica, brújula reguladora del gusto y del arte.





VI

RESÚMEN ARTÍSTICO.

He llegado al fin de mi jornada, pero no como el artista que emprende largas marchas para descubrir bellezas, sino como el viagero que conducido en brazos de rápida locomotora, atraviesa floridos valles y altas montañas, y pasa por pueblos y ciudades, viendo solo las cúpulas de las torres que corona la cruz, ó los altos tejados de las casas, y que al llegar al término de su viage se lamenta de no haber podido penetrar en sus recintos, y contemplar las maravillas que la naturaleza y el arte le ofrecian.

Viagero á la moderna tuve que reco-

rrer veloz el vasto campo de nuestra escena, cogiendo solo aquellas flores que estaban á alcance de mi mano, parándome no más que ante aquellas estátuas (que la embellecían á manera de suntuoso parque) cuya gloriosa historia, hacia sus fisonomías familiares á mi mente, siempre llena de admiración y de entusiasmo.

Y á veces ví como se levantaban en lontananza fábricas grandiosas, que honraban á sus artífices—monumentos imperecederos que erigió el génio en todas las edades—y no pude detenerme á contemplarlas cual era mi deseo; otras veces, distraído con las peripecias del camino, pasáronme desapercibidas y cuando vine á recordarlas, hallábame ya á distancia del lugar donde las erigieron, pero entonces acudí á mi Guía, y ella suplía con datos interesantes y descripciones minuciosas, la imposibilidad de visitarlas en que yo me hallaba.

Será, pues, este capítulo, la Guía donde encuentre el lector, la breve descripción de las obras notables, el rápido bosquejo de los artistas y autores, que por preci-

pitacion ú olvido mío, no ha podido antes admirar ó conocer.

Al pasar, pues, por el siglo de oro, como introduccion necesaria para llegar al estudio de la dramática en nuestros dias, omití, (con los ya citados que tanto engrandecieron el Teatro Español) al gran Alarcon, cuya *Verdad sospechosa* le coloca al frente de los dramaturgos antiguos, y á Francisco de Rojas, que tras su *Viaje entretenido*, donde retrató con gráfico pincel usos y costumbres, nos legó comedias deleitosas y dramas magníficos, á Guillén de Castro, Luis Velez de Guevara, Juan Perez de Montalvan, Matos Fragoso y otros; al inmortal autor de *Don Quijote*, que tambien holló la escena con su planta gigantesca, en *La Numancia*, *Los tratos de Argel*, etc.

Luego en la época romántica D. Francisco Martinez de la Rosa, quien aunque en el prólogo de sus poesías dijo: «me siento poco inclinado á alistarme en las banderas de los *elásicos* ó de los *románticos*», debe considerarse como uno de los campeones de esta pléyade, por haber

echado simiente fructuosa, que contribuyó al renacimiento á ella debido.

El político insigne que en los ócios del destierro, coleccionó y publicó, ya en Londres, ya en París, sus obras literarias; el patriota entusiasta que exclama inspirado

Vi en el Támesis sombrío
Cien y cien naves cargadas
De riqueza;
Ví su inmenso poderío,
Sus artes tan celebradas,
Su grandeza;

Mas el ánima afligida
Mil suspiros exhalaba
Y ayes mil;
Y ver la orilla florida
Del manso Dauro anhelaba
Y del Genil;

el autor dramático fecundo, que cuenta en su repertorio las tragedias *Edipo* y *Morayma*; los dramas históricos *La conjuración de Venecia* y *Aben-Humeya* (éste, escrito en francés y representado en París y tradu-

cido luego al castellano por su autor); las comedias *¡Por un empleo!* (escrita en una semana), *Los celos infundados*, etc. Este es Don Francisco Martínez de la Rosa.

De los clásicos no me he ocupado en este estudio, por no caber dentro los límites de mi trabajo, y por representar en esta época, con sus empalagosos atildamientos, la decadencia del teatro. No es esto condenar la escuela, que cuando no tiende á matar la verdad é inspiracion, la creo de tanta utilidad para el arte, como á las plantas el rocío, como la luz á los astros,

Gaspar Nuñez de Arce, merece tambien un recuerdo, pues si bien es cierto que el lírico ha eclipsado en los últimos años al autor dramático, además de su celebrado drama *El haz de leña*, cuenta en su repertorio *Deudas de la honra*, *Herir en la sombra*, (en colaboracion con Hurtado), *Justicia providencial*, etc., etc.

Los dos Asquerino, Eusebio con sus dramas originales *Las dos reinas*, *Arcanos del alma*, *El caballero feudal*, y Eduardo con las refundiciones de *El escondido y la*

tapada, Entre bobos anda el juego, Amar despues de la muerte, etc., ocuparon un puesto entre los dramáticos.

Manuel Ortiz de Pinedo, cuyas notables y numerosas producciones, le colocan en primera línea; citaré *Los lazos del vicio, Culpa y castigo, Los amigos y Los molinos de viento*.

Gertrúdis Gomez de Avellaneda, la gran poetisa americana, que escribió *Baltasar, Los tres amores y Los oráculos de Talia*, entre otras obras escénicas.

Enrique Perez Escrich, cuyos dramas y comedias son tan numerosos como sus populares novelas, y algunos muy notables, como *El cura de aldea y El maestro de hacer comedias; El músico de la murga, La corte del rey poeta y El movimiento continuo*.

El gran Patricio de la Escosura, que nos legó entre otras obras su *Don Pedro de Calderon, La comedianta de antaño, Las apariencias, etc.*,

Y Pastorfido, y Coll, Alvarez, Liern, Puente y Brañas, Frontaura, y tantos otros que se han ido sucediendo, y que no es

posible comprender en los estrechos límites de este libro.

A poco de fijarse en estos nombres y el trabajo que representan, se convencerá el lector de que el teatro español, no ha decaído desde la época gloriosa del romanticismo, sino que elevado á su mayor apogeo por Ayala y Tamayo, áureos lazos que unen aquella época con esta, avasallado quizás por el realismo hoy triunfante, como lo fuera por las tendencias románticas, debe esperarse que sucesores de estos egregios vates, le conserven en la cúspide de los teatros europeos, cúspide de donde no le harán descender la invasión francesa, ni las aberraciones de momento, conservando como conserva el tesoro de su teatro antiguo, fuente de los teatros europeos, y enhiesta la bandera de su dominio sobre las escenas todas. Lo probaré:

La Italia, de donde nos vino el perfeccionamiento de nuestras artes, que conquistamos con los territorios de Milán y Nápoles, tras sus Manzoni y Goldoni, apenas si nos presenta algún Giacometti, y viviendo su escena de la sávia francesa,

tiene que cedernos el paso, mientras sus actores siguen siendo los primeros del mundo—Rossi—Ristori—Marini—Pezzana—son nombres célebres en Europa.

La escena francesa, rotos los moldes clásicos de los Corneille, Racine y Molière, (quienes no se desdénaron de beber en nuestras fuentes antiguas) se levanta con ficticia preponderancia gracias á los génios de Augier y Dumas, del efectista Sardou, y del gran Víctor Hugo (no siempre tan autor dramático como excelso poeta). Y su arte de declamación alcanza gran perfeccionamiento con Sarah Bernhardt, un génio que rompiendo con las rutinas de escuela, se asimila un arte propio y exclusivo, ni aprendido ni imitado.

El teatro inglés, ufano del repertorio de su maestro el gran Shakespear, —quizás no igualado—apenas si cuenta con otros elementos, á no ser algunos ensayos del clasicismo, no siempre felices, é imitaciones francesas ó partos desgraciados de imaginaciones románticas. Irving y Booth, (americano éste) sostienen con los esfuerzos gigantes de su arte, la decadencia

literaria, y Ellen Terry (la Tenorio inglesa) brilla como refulgente estrella.

La Alemania no consigue, apesar de su preponderancia política, vincular los talentos de Goethe y Schiller, y siempre admiradora de nuestros autores del siglo de oro, los traduce cuidadosa, dándoles justa preferencia, sin negar ¡la entrada en su escena á nuestros contemporáneos insignes, mereciendo de nosotros reciprocidad hasta hoy poco concedida—el primoroso arreglo de *María Estuardo*, hecho por Campo Arana, es un ejemplo.—Cuenta entre otras eminencias con la célebre actriz María Barkany.

Y por último, el teatro portugués, despues de sufrir las imposiciones de que su nacionalidad ha sido víctima, lucha por imprimir á sus obras un sello de originalidad, que le haga digno de la importancia á que aspira. Entre sus actores citaré á Lucinda Simoes y á Coelho.

Esto, sin contar la escena rusa, que como su idioma, se asimila la francesa; ni la griega, que despues de haber sido principio de todas, ha decaído al par de su

nacionalidad; ni la sueca, que halla fuentes de inspiracion en sus tradicionales costumbres

Y presentado tan rápido bosquejo de los teatros extranjeros, dejo al leyente que establezca el paralelo, pues no olvido que las comparaciones son odiosas, y de hacerla yo, habria de empezar otro estudio, de análoga extension, para el que me faltan las dotes que en este he echado de menos.

Pero no lo terminaré, sin consagrar una página á la memoria de Carolina Civili, la insigne actriz italiana que nos dió prueba de singular afecto estudiando nuestro idioma, é ingresando en nuestro teatro.

En él interpretó con singular maestría los caracteres históricos, dedicándose muy en especial á la tragedia, esa difícilísima manifestacion del arte escénico, que tantas cualidades exige á sus intérpretes. Tambien creó en este tiempo las protagonistas de obras nuevas, tales como *Dos Hijos*, de Fernandez Bremon, que la valió triunfo señaladísimo. Y triste es decirlo, su pátria

adoptiva fué para ella madrastra, pues víctima de terrible enfermedad, la dejó morir casi olvidada en una casa de curacion. ¡Crueldad de la ingratitud humana!

He concluido mi trabajo. Mi objeto ha sido presentar en vistosa parada los valiosos elementos con que cuenta el Teatro en el momento presente, haciendo desfilas ante la vista del lector lo más notable de las tres clases que los forman—autores, actores y críticos,—y de esta suerte demostrar que no existe decadencia; sí, desorganizacion artística.

Mucho y mucho bueno podria añadirse, á lo que tan torpemente ha consignado mi tosca pluma, pero no por esto he de desanimarme; humilde labrador en la viña literaria, no me es dado aspirar á abundante cosecha, pero siembro los granos que puedo, esperando en que lo fértil del terreno, y lo bonancible de la atmósfera, los haga fructificar.

Y como siervo fervoroso acudo al templo de Talía, y allí me postro reverente ante su grandiosa estatua, para hacer subir hasta ella, el incienso de mi admiracion.

Esa estatua, que ya ciña el inmarcesible laurel del triunfo, ya se cubra con el negro velo del dolor, se levanta siempre magestuosa con la marmórea severidad de los siglos, ofreciéndose á la admiracion de los españoles y ¹/₂ desafiando arrogante la vanidad de los extranjeros...





CARTA: (1)

Srta. D.^a Carolina de Soto y Corro.

Distinguida amiga mía:

En la tercera de las «Cartas íntimas» que para gran contentamiento de los lectores, publicó V. en la *Revista Malacitana*, se dignó V. aludirme apropósito del *Teatro Español Contemporáneo*, suponiéndome con dotes bastantes para decir algo interesante con este asunto relacionado.

Y á vuelta de elogios tan inmerecidos como de su parte generosos, me alentaba V. á la empresa, con tan amables frases, que cruzando á mi pecho sus colores, cual

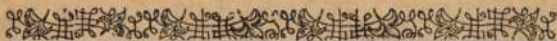
(1) Publicada al frente de estos artículos, al insertarse en *El Eco de Andalucía*, de Sevilla.

los antiguos campeones ostentaban los de sus damas, me lanzo á la palestra, dedicando á V. los triunfos y revéses que en el literario torneo puedan caberme en suerte, con tanto más motivo cuanto que á V. debo el ser admitido en el campo de la liza, representado en la ciudad del Guadalquivir por el periódico que dirige el inspiradísimo vate, autor de los *Nocturnos*, y en cuyas columnas han de ver la luz de la publicidad mis desaliñados apuntes.

Aprovecho gustoso esta nueva oportunidad para ofrecerme de V. con la mayor consideracion atento afectísimo amigo
S. S. y admirador Q. S. P. B.

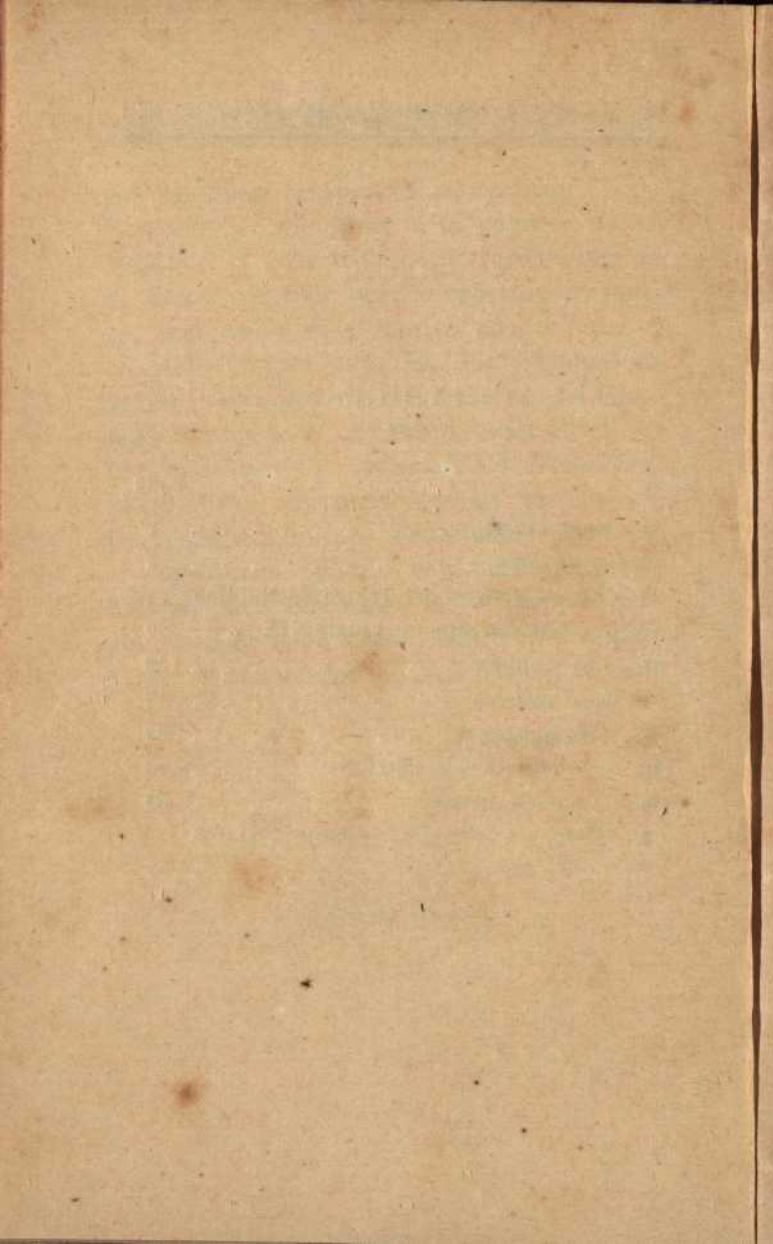
EL AUTOR.

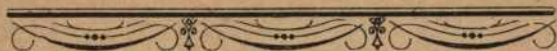




ÍNDICE.

	<u>PÁGS.</u>
I. Dedicatoria	5
II. Al leyente.	7
III. Estado general del Teatro Español en el último tercio del siglo XIX. . .	9
IV. Los Autores.	19
V. Las Actrices.	47
VI. Los Actores.	59
VII. Los críticos y el público.	73
VIII. Resúmen artístico.	83
IX. Carta.—A la Srta. D. ^a Carolina de So- to y Corro.	95





FÉ DE ERRATAS.

=

<u>PÁG.</u>	<u>LÍNEA</u>	<u>DICE</u>	<u>DEBE DECIR</u>
9	6	difepencia	diferencia
21	45	insracion	inspiracion

